

mo con el argumento de que, en política interior, significa demagogia, y en política internacional, falta de patriotismo. Y en esto último, por lo menos, tienen razón, si patriotismo quiere decir medro personal á costa de la patria, de sus instituciones caducas y del oro y de la sangre de sus ciudadanos.

BATALLAS ECONOMICAS

I

La conquista de los mercados.

No es probable que la guerra europea tenga un origen económico exclusivo; pero sus derivaciones económicas van á ser inmensas. No nos referimos con esto á lo que todo el mundo ya sabe: á la ruina general que está produciendo, sino á la manera en que los pueblos trabados en el conflicto y algunos de los neutrales saldrán de esa ruina. Al fin de la guerra el mapa comercial del mundo va á quedar tan alterado como el mapa político de Europa.

Inglaterra, después de movilizar su flota contra las flotas alemana y austriaca, y sus soldados contra los soldados alemanes y austriacos, se dispuso á movilizar sus industriales y sus comerciantes contra los comerciantes y los industriales de Alemania y Austria. En 1913 exportó Inglaterra á Alemania y Austria productos por valor de 45 millones de libras esterlinas, y Alemania y Austria exportaron á

Inglaterra 88 millones de libras. Este comercio queda radicalmente suspendido durante la guerra. Inglaterra pierde excelentes mercados en Alemania y Austria; pero estas dos pierden un mercado mayor en Inglaterra. En cierto modo, sin embargo, Inglaterra sale más perjudicada. Sus países enemigos, al interrumpir casi en absoluto la producción industrial, no necesitan de las materias primas y semielaboradas que importaban de Inglaterra, á excepción de las relacionadas con las industrias de los armamentos. En cambio, Inglaterra, que puede mantener funcionando sus industrias, gran parte de ellas si no todas, ha menester de las materias primas semielaboradas que importaba de Alemania y Austria. Muchos de estos productos podrá sustituirlos ella misma con la creación de nuevas industrias, otros vendrán de los países neutrales; pero una buena cantidad, los que se fundan en una técnica complicada y de largo aprendizaje, muchos de naturaleza química, por ejemplo, no podrán reemplazarse inmediatamente. Las tinturas alemanas eran un complemento capital de las industrias textiles de Inglaterra, que por fuerza han de sufrir al suspenderse su comercio. También las drogas alemanas formaban la base de numerosas industrias inglesas. Este hecho ha revelado á los ingleses el error de haber prescindido hasta ahora del trabajo de los laboratorios industriales. Esta es una de las primeras lecciones técnicas de la guerra.

Claro está que al decir que Inglaterra sale más perjudicada que Alemania y Austria con la suspensión de su comercio mutuo, no hemos pretendido dar á entender que la posición económica de Ingle-

terra sea peor que la de sus enemigas. La producción y el comercio de éstas están total ó casi totalmente suspendidos, por lo menos el comercio exterior. En tanto que el comercio de Inglaterra sigue abierto con todo el mundo, menos con los países del Norte de Europa y algunos del centro. No hay duda que la guerra ha causado una honda perturbación en la economía británica, aunque no tan honda como generalmente se temía. Muchas industrias han quedado paralizadas, y en la calle muchos millares de hombres, de los cuales un gran número se ha inscrito en el ejército, tanto por necesidad económica como por patriotismo.

Pero en los ingleses, el espíritu económico es inextinguible. Al pánico y depresión de los primeros momentos ha sucedido no sólo el deseo de extraer de la guerra el mal menor, sino la esperanza de un rápido y sólido engrandecimiento comercial, nunca visto ni sospechado.

Se trata de apoderarse de muchos de los mercados alemanes y austriacos exteriores, ahora que ni Alemania ni Austria pueden abastecerlos. Esta idea, lanzada por el Gobierno, fué acogida como un genial golpe de mano. Todos los periódicos la saludaron y la dieron viento con gran algazara, si bien haciendo la superflua salvedad de que nadie debe suponer que en Inglaterra se intenta convertir la guerra en un negocio nacional. "Nadie—decía el *Daily Telegraph*—negará que esta guerra ofrece á nuestros hombres de negocios una oportunidad que nunca se había presentado, y en la que ellos nunca habían soñado."

Tras la idea vino el plan de su realización. El

ministerio de Estado, de acuerdo con el ministerio de Comercio, envió circulares á las colonias inglesas y á los cónsules situados en los países neutrales, pidiéndoles muestras de los productos que Alemania y Austria exportaban á esos países y á esas colonias. Cuando llegaron las muestras pedidas, se celebró en Londres con todas ellas una especie de Exposición para que las conociesen, las estudiaran y á ser posible las imitasen los industriales ingleses. Paralelamente á esta labor, el ministerio de Comercio invitó á todos los industriales y comerciantes de Inglaterra á recoger cuantos informes necesitasen en una oficina destinada exclusivamente á eso, respecto de todos los mercados del mundo abiertos en tiempo de guerra. La base de esta oficina son los informes consulares ingleses de estos últimos años.

La lucha de los mares y de los campos de batalla se extiende hasta los mercados comerciales. Acaso parezca poco noble esta preocupación mercantil en el mismo momento en que millones de hombres se juegan la vida. Ciertamente: jamás ha habido fenómeno histórico tan bárbaro como esta guerra; pero una vez ahí, hay que aceptar sus consecuencias como algo fatal. La conquista de mercados por parte de Inglaterra nos parece bien. Su ejemplo debiera estimular á los gobernantes é industriales españoles para evitar la ruina de nuestra producción, por lo menos evitarla, si no les es posible imprimir un gran impulso á nuestra economía

II

España y la guerra económica.

Al hablar de la guerra comercial que Inglaterra ha declarado á Alemania y Austria, indicaba al final la posibilidad de que España imitase este ejemplo en la medida de sus escasas fuerzas económicas. Ello podría servir de impulso á la producción española, ó, cuando menos, de alivio á la profunda crisis que ha lanzado sobre ella la guerra europea. Tengo entendido que el consulado español de Londres dió la voz de alerta á nuestro Gobierno y que envió un informe relatando las medidas tomadas por el Gobierno, los industriales y los comerciantes británicos, é indicando las que podrían tomarse en España en beneficio de nuestra industria.

Conviene insistir sobre el asunto, porque no basta seguramente la acción oficial si no va secundada y hasta estimulada por el concurso particular de los industriales y comerciantes españoles. En el

fondo, es un problema que afecta á toda la nación, y, más que á nadie á la clase obrera española, que á la hora presente debe sufrir como ninguna otra á causa de los paros ocasionados por la guerra. En la divulgación y orientación de esta campaña debiera participar toda la Prensa de España, ya que sus efectos, además de remediar males presentes, perdurarían en el futuro de nuestra producción; esa campaña podría ser la base de un gran florecimiento económico en España.

No hay ni que decir que la escala de nuestra lucha por los mercados habría de ser inmensamente inferior á la que se está emprendiendo en Inglaterra. La base es ésta, como ya dijimos anteriormente: suplantar los productos alemanes y austriacos allí donde sea posible, ahora que la exportación de Alemania y Austria ha quedado radicalmente anulada. Naturalmente, la industria española no podría sustituir gran número de productos alemanes y austriacos, como tampoco puede la misma inglesa, con ser tan superior á la nuestra. Pero España fabrica, seguramente, productos semejantes á muchos exportados por Alemania y Austria, y aunque, en general, haya que dar por supuesta su inferioridad, no debe perderse de vista, por otra parte, que esta inferioridad cualitativa quedaría neutralizada por la gran demanda que ha causado la cesación radical de las exportaciones alemanas y austriacas. Al mismo tiempo, los industriales españoles tienen aquí una excelente ocasión para emprender nuevas industrias, similares á las que ahora están paralizadas en Alemania y Austria. Se dirá que para esto hace falta dinero. Ciertamente, y en este

sentido el Gobierno debiera adelantarse á conceder en una forma ú otra créditos que permitan la aparición de nuevas industrias, muy solicitadas ahora, y la captura de nuevos mercados, que ahora están casi desiertos por falta de productos.

Pero el Gobierno tiene una función previa, capitalísima, que cumplir. Y es poner en conocimiento de los industriales españoles los mercados donde hay gran demanda de productos que antes se importaban de Alemania y Austria. En Inglaterra esta labor es relativamente fácil. El *Board of Trade*, ó ministerio de Comercio, tiene en sus manos un inmenso material estadístico, obtenido directamente, mediante sus organismos centrales, por lo que se refiere á la importación de productos alemanes en Inglaterra, é indirectamente, gracias á los informes consulares, por lo que toca al extranjero. Dependiente del *Board of Trade* hay en la City de Londres —foco comercial de Inglaterra—, una oficina donde se reparten folletos en que se describe cada industria de las incluídas en el plan de conquista. Además, el Gobierno británico ha pedido á sus cónsules muestras de productos alemanes y austriacos exportados hasta ahora á gran número de países, y con estas muestras ha hecho una Exposición en Londres, para que los industriales ingleses vean el modo de imitarlas.

El servicio estadístico español es notoriamente miserable y —salvo algunas excepciones— resulta empeño ridículo buscar en los informes de nuestros cónsules datos sobre el comercio del país donde están establecidos. Por esto la labor informativa del Gobierno español habría de ser difícil. Sin embar-

go, merece intentarse el esfuerzo con los escasos datos que puedan obtenerse.

A mi juicio, tres son las zonas principales donde la producción española podría abrirse paso en las posiciones ahora abandonadas por los fabricantes alemanes y austriacos. Desde luego, la primera y más importante es España y el Norte de Africa. Aquí el material estadístico debe ser más completo, cabe reunir rápidamente una colección de muestras alemanas y austriacas é intentar prontamente también su imitación.

Otra zona es Oriente, donde ya tenemos algunas bases comerciales. La tercera zona es el Sur de América, respecto de la cual no creo que sea difícil una información rápida y concienzuda.

Además de los informes que fuera posible obtener en los ministerios de Fomento y de Estado, en las Cámaras de Comercio y en todos los centros nacionales que tengan por fin cualquier forma de la organización económica, podrían utilizarse los que en Inglaterra suministra el *Board of Trade*, y especialmente los admirables trabajos de los cónsules ingleses. Con todos estos elementos, y, sobre todo, con un poco de espíritu nacional por parte del Gobierno y sus dependencias, y con otro poco de espíritu de iniciativa y decisión por parte de los fabricantes, la campaña tendría un feliz desenvolvimiento y podría ser el punto de partida de un gran desarrollo para la producción española y para otras actividades menos utilitarias que forzosamente han de apoyarse en ella.

Estamos en momentos de revolución, de cambios profundos, de tremendas conmociones. Sólo los

hombres y los pueblos que se den cuenta de ello y se decidan á aprovechar conscientemente las fuerzas desatadas, en vez de verlas pasar indiferentemente ó de dejarse arrastrar por ellas sin resistencia, saldrán de esta catástrofe más grandes ó, por lo menos, sin sufrir debilitamiento.

III

Inglaterra y los métodos alemanes.

La polémica sobre la guerra en el mundo entero ha tomado tres ramificaciones. Unos fundan sus simpatías por una de las partes beligerantes en motivos de raza, de lengua, de religión, de sistema político, de historia; éstos son los más localistas, los más alejados de la entraña del conflicto. Otros alimentan sus simpatías con el argumento de que la parte beligerante cuyo triunfo desean es más científica, más artística, más industrial, más comercial que la contraria; éstos ven el conflicto en una perspectiva más amplia, pero tampoco es el suyo el concepto central que se busca. En tercer lugar, hay otros, los menos, que prescinden de sus simpatías tradicionales y culturales y se preguntan lo único que es pertinente: ¿quién es el culpable de esta guerra? En una guerra hay siempre una parte criminal, como la hay en un asesinato. Descubierto

un asesinato y los presuntos culpables, nadie espera (aunque á veces ocurra), que el Jurado falle en favor de uno de ellos por razones de parentesco, de política, de religión ó de simpatía personal, ó porque es más científico, más artístico, más laborioso que los demás acusados. El hombre justo fallará contra el culpable, aunque sea su hermano, su jefe político ó eclesiástico, aunque sea un genio. No otro criterio puede aplicarse á las guerras, crímenes internacionales.

El primer criterio es el más primitivo, el más bárbaro. Justificar una guerra dogmáticamente porque los que la provocaron son de nuestra raza, de nuestra lengua, de nuestra religión, es un criterio sentimental indigno de nuestra época de crítica y reflexión. El tipo antiguo del patriota ciego, para quien todo extranjero era un enemigo, no es ya de nuestro tiempo. Las banderas ideales de esta guerra son más abstractas. Los alemanes no luchan contra ingleses y franceses como tales, sino (como nos aseguran) contra la decadencia francesa, contra la tiranía marítima inglesa y por la cultura alemana. A su vez, los franceses é ingleses no combaten contra los alemanes por el accidente de haber nacido en Alemania, sino contra el despotismo prusiano y por la democracia franco-británica. Sería pueril suponer que éstos son los únicos motivos de cada soldado, de cada capitán, de cada político y de cada patriota no combatiente; pero basta con hacer constar el hecho de que los motivos visibles de esta guerra no son simplemente sentimentales como en otras épocas. Por otra parte, llevada á este terreno, la polémica queda viciada en sus fuentes.

En los inmensos arsenales de la historia y del sofisma hallarán los alemanes, los ingleses y los franceses (sin ocuparnos por ahora de los demás beligerantes) cuantiosas razones para sostener que cada uno de estos pueblos es más libre y fuerte que los otros. y que si estas dos normas, la de la fortaleza y la de la libertad, son la excusa del predominio, todos ellos están capacitados para ser los soberanos del mundo. No se trata — para nosotros, los neutrales, por lo menos — de aducir razones de fortaleza, libertad, cultura, etc., que justifiquen el deseo de un imperio universal. El problema polémico de la guerra es éste: ¿quién es el agresor? ¿Quién es, jurídicamente, culpable? Descubrirle debe ser el empeño de todo espíritu justo, y una vez descubierto, si ello se logra, condenarle sin misericordia, aunque de su lado estén nuestros sentimientos tradicionales ó nuestra admiración cultural.

Pero esta polémica viciosa ha dado, sin embargo, algunos frutos benéficos. No sabemos lo que habrá acontecido en otros países; pero en Inglaterra los resultados son patentes. En esta guerra, más que nunca, hemos visto lo más profundo del insularismo británico, que es, al mismo tiempo, la grandeza y la flaqueza de este país. La guerra está llevando á las costas inglesas lo más granado de la cultura continental. ¡Qué de mundos ideales están descubriendo los ingleses! La piedra angular de la polémica sobre la cultura alemana fueron los libros del general Bernhardt. De ellos se han vendido centenares de miles en pocas semanas. *Alemania y la guerra próxima* ha pasado por manos de todo el mundo. Los ingleses estaban satisfechos; he aquí

un escritor que en su estilo lacónico y desnudo de soldado sintetizaba toda la barbarie de la cultura alemana. Luego vino alguien diciendo que Bernhar- di no había hecho sino repetir popular y militar- mente lo que su maestro Treitschke había expresa- do con mayor aparato científico. Otros creyeron que el padre espiritual de esta guerra era Nietzsche. No ha faltado quien le atribuya su paternidad á Strauss y Feuerbach, por su anticristianismo, y á Schopen- hauer por su doctrina de la voluntad. Hasta ha habido cazador de culpables ideales que ha visto en la música de Wagner una de las raíces genealógicas del militarismo prusiano. El resultado de todo esto es que los ingleses han comenzado un intenso co- mercio intelectual con las grandes figuras del pen- samiento alemán. Como era de esperarse, ha habido un principio de reacción contra los que han llegado á la cómoda consecuencia de que todos los pensa- dores alemanes son parcialmente culpables de la presente guerra. Ya he visto que alguien ha presen- tado á Kant como espíritu antagónico al del milita- rismo prusiano. Nadie se ha acordado aún del gran Fichte ni de volver su concepto de lo alemán, del *Deutschum*, como esencialmente humano, contra los alemanes de ahora. Tampoco es Hegel moneda corriente todavía. Y lo mismo el resto de los gran- des pensadores alemanes. Los militares alemanes no ganarán la guerra; pero la cultura alemana, la legítima, va á conquistar á la Gran Bretaña.

Y no sólo la alemana. Francia era á Inglaterra lo que Portugal á España: nadie la conocía intelectual- mente. Fuera de tres ó cuatro grandes figuras del tipo de Anatole France y Bergson, nadie tenía no-

ticia del resto. Ahora se siente curiosidad por todo lo que es francés: por su política, por su literatura, por su arte. Lo mismo pasa con Bélgica. Verhaeren, que hasta ahora no era conocido sino en muy limi- tados círculos ingleses, se ha convertido ahora, gra- cias á la guerra, que le ha arrojado á aquellas pla- yas, en un poeta popular, y pronto se hablará de él hasta en los *drawing rooms*. Pero la curiosidad má- xima está reservada para Rusia. Entre los dicterios de los unos, que ven en ella el país bárbaro por ex- celencia, baldón de la Triple Entente, y entre los ditirambos de los otros, que la consideran como el país al cual más debe la cultura europea, por haber servido de dique de contención á la barbarie asiá- tica y por haber creado la literatura y la ciencia más sólidas de estos últimos años, se están publicando á diario libros interesantes que ponen al alcance del público grande su historia, su literatura actual y su formidable desarrollo económico reciente.

Esto salen ganando los ingleses con la guerra, lo cual vale más que todas esas necedades de las vir- tudes militares de que tanto se habla ahora.

Pero algo más que esto salen ganando. En el mundo de las actividades prácticas, en la industria y el comercio, la guerra está echando por el suelo las murallas insulares de la Gran Bretaña. La fa- mosa guerra del comercio, que tanto entusiasmo produjo al principio, tiene ya en su deber muchos desencantados. No; no basta eliminar á la enemiga económica momentáneamente para apoderarse de los mercados. Ahora se ven los secretos del fabu- loso desarrollo comercial de los alemanes. Tres fueron sus causas fundamentales: adaptación á las

necesidades de los países compradores; facilidades de cambio y amplitud del crédito, y rapidez de comunicación. Los ingleses han sido siempre extremadamente exclusivistas, rígidos, intransigentes con los gustos del comprador extranjero. En cuanto al crédito, el extranjero les ha merecido siempre dudosa confianza, y apenas han querido comerciar con él, como no fuese al contado. Pero el obstáculo más formidable al comercio exterior es la lentitud de comunicación. Los ingleses que tienen en sus casas de comercio corresponsales extranjeros, son relativamente muy raros; de ahí que no puedan responder ó respondan tarde á las demandas de condiciones que llegan en un idioma extranjero. Además, son, naturalmente, lentos. Les sorprenderá que esto lo diga un español, pues es casi universal la creencia de que somos la gente más perezosa del planeta y sus aledaños; pero tengo abundantes testimonios. Mi buen amigo Ramón Sánchez Díaz, alta autoridad en la materia, no me dejará mentir.

No haya duda: si los ingleses no se enmiendan, los alemanes reconquistarán los mercados apenas termine la guerra. Enmendarse significa amoldarse á los gustos del comprador, tener confianza en él y ensanchar la manga del crédito, y sobre todo aprender lenguas extranjeras. El insularismo filológico ha sido fatal para Inglaterra. Cuando era el único país industrial, en los comienzos del siglo XIX, pudieron los ingleses permitirse el lujo de que la montaña viniese á ellos. Hoy, con la universalización de la industria, hay que ir á la montaña. Los mismos métodos de producción y compra-venta están sujetos á las leyes de la competencia. Repetimos:

los alemanes no ganarán la guerra; pero para que los ingleses se apoderen de los mercados neutrales, es menester que antes se rindan á los métodos de la Alemania pacífica del comercio.